

llegado por grados esa espantosa pasión que aniquila á los ancianos, su prima lo dejó provisto de dos mil francos, en la calle de Charona, en el arrabal de San Antonio, á la puerta de una casa de sospechosa y amenazadora fachada.

—Adiós, primo, desde ahora serás el padre Thoul ¿verdad? No me envíes más que recaderos y ten la precaución de tomarlos siempre en lugares diferentes.

—Convenido. ¡Oh! ¡qué feliz soy!—dijo el barón, cuyo rostro se puso alegre ante la idea de disfrutar una nueva y futura dicha.

—Ahí no le encontrarán—se dijo Isabel despidiendo al coche en el bulevar de Beaumarchais, desde el cual se fué en ómnibus hasta la calle de Luis el Grande.

CAPITULO XXXIV

La venganza persiguiendo á Valeria

Al día siguiente, Crevel fué anunciado en casa de sus hijos, en el momento en que toda la familia estaba en el salón después del almuerzo. Celestina corrió á arrojarle al cuello de su padre y lo trató como si lo hubiese visto la vispera, siendo así que aquella era la primera visita que les hacía después de dos años.

—Buenos días, padre mío—dijo Victorino tendiéndole la mano.

—Buenos días, hijos míos—dijo el importante Crevel.—Señora baronesa, me pongo á los pies de usted. ¡Dios mío, como crecen estos niños! ¡Estos nos empujan y parecen decirme: «abuelo, yo también quiero un puesto en el sol.» Señora condesa, usted sigue estando admirablemente hermosa—añadió mirando á Hortensia;—y aquí está el resto, mi prima Bel, la virgen juiciosa. Pero ¡si están ustedes todos muy bien aquí!—dijo haciendo una pausa, después de haber dirigido estas frases á cada uno acompañadas de grandes carcajadas que removían difícilmente las rubicundas masas de su ancha cara.

Luego miró el salón de su hija con una especie de desprecio, y le dijo:

—Mi querida Celestina, te doy todo mi mobiliario de la

calle de Saussayes, el cual estará muy bien aquí. Tu salón necesita ser renovado... ¡Ah! aquí está ese pillastre de Wenceslao. ¿Qué hay, hijos míos, somos juiciosos? Es preciso tener moralidad.

—Sí, por los que no la tienen—dijo Isabel.

—Mi querida Isabel, ese sarcasmo no me concierne. Hijos míos, voy á poner término á la falsa posición en que me encontraba hace ya tiempo, y como padre de familia vengo á anunciaros sencillamente mi matrimonio.

—Tiene usted perfecto derecho á casarse—dijo Victorino;—y, por mi parte, le devuelvo la palabra que me dió al concederme la mano de mi querida Celestina.

—¿Qué palabra?—preguntó Crevel.

—La de no casarse—respondió el abogado.—Usted me hará el favor de confesar que yo no le exigía ese compromiso y que usted lo adquirió á pesar mío, porque en aquella época recuerdo perfectamente que le advertí que no debía usted comprometerse de ese modo.

—Sí, me acuerdo, amigo mío—dijo Crevel avergonzado.—Y mirad, hijos míos, si vosotros quisieseis vivir bien con la señora Crevel, no os arrepentirías. Victorino, su delicadeza de usted me conmueve, y nadie es impunemente generoso conmigo. Vaya, ¡qué demonio! acoged bien á vuestra suegra, venid á mi casamiento.

—Padre mío, aun no nos ha dicho usted quién es la novia—dijo Celestina.

—Ese es el secreto de la comedia—repuso Crevel.—Pero vaya, no juguemos al escondite. Isabel ha debido decirlo.

—Mi querido señor Crevel—replicó la baronesa;—hay nombres que no pueden ser pronunciados aquí.

—Bueno, es la señora de Marneffe.

—Señor Crevel—respondió severamente el abogado,—ni mi mujer ni yo asistiremos á esa boda, no por motivos de interés, pues acabo de hablarle con sinceridad. Sí, yo celebraría que fuese usted feliz con esa unión, pero me veo movido en esta ocasión por motivos de delicadeza y de honor que puede usted comprender y que yo no puedo expresar, porque abrirían heridas que están sangrando aún.

La baronesa hizo una seña á la condesa, y ésta, tomando á su hijo en brazos, dijo:

—Wenceslao, vamos á tomar el baño. Adiós, señor Crevel.

La baronesa saludó á Crevel en silencio, y éste no pudo

menos de sonreír al ver el asombro del niño cuando se vió amenazado de aquel baño improvisado.

—Señor—exclamó el abogado cuando se quedó solo con Isabel, con su mujer y con su suegro,—se casa usted con una mujer que lleva los despojos de mi padre y que le ha conducido fríamente al estado en que se halla, con una mujer que vive con el yerno después de haber arruinado al suegro y que causa las penas mortales de una madre. Y ¿cree usted que yo he de sancionar su locura con nuestra presencia? Mi querido señor Crevel, le compadezco á usted sinceramente, porque no conoce usted el espíritu de familia y la solidaridad del honor, que une á todos sus miembros. Por desgracia sé de sobra que las pasiones no razonan. Las gentes apasionadas son sordas y ciegas. Por otra parte, su hija Celestina conoce demasiado sus deberes para decirle nada en son de vituperio.

—¡No faltaba más!—dijo Crevel, que intentó cortar aquella filípica.

—Celestina no sería mi mujer si le hiciese á usted una sola observación—repuso el abogado;—pero yo puedo intentar detenerle antes de que ponga el pie en el abismo, sobre todo después de haber dado pruebas de mi desinterés. No es ciertamente su fortuna, sino usted mismo lo que me preocupa, y para que conozca usted á fondo mis sentimientos, puedo añadir, aunque sólo sea para tranquilizarle respecto al próximo contrato de matrimonio, que mi situación de fortuna es más halagüeña de lo que podríamos desear.

—Gracias á mí—exclamó Crevel, cuya cara se tornó violácea.

—Gracias á la fortuna de Celestina—respondió el abogado;—y si siente usted haberle dado á su hija sumas que no representan la mitad de lo que le dejó su madre, estamos dispuestos á devolvérselas.

—Señor yerno—dijo Crevel poniéndose grave,—sabe usted que cubriendo con mi nombre á la señora de Marneffe, no tiene que responder ya al mundo de su conducta más que en calidad de señora Crevel.

—Eso es muy bonito para dicho é implica mucha generosidad tratándose de cosas del corazón—dijo el abogado;—pero yo no conozco ley, nombre ni título que puedan disculpar el robo de trescientos mil francos innoblemente arrancados á mi padre. Mi querido suegro, yo le digo con franqueza

que su futura es indigna de usted, que le engaña y que está locamente enamorada de mi cuñado Steimbock, cuyas deudas ha pagado.

—No, el que las ha pagado he sido yo.

—Bueno—repuso el abogado,—lo celebro por el conde Steimbock, que podrá así verse libre algún día; pero lo cierto es que es amado, muy amado, amado con mucha frecuencia.

—¡Amado!—dijo Crevel, cuyo rostro denotó un desconcierto general.—Amigo mío, calumniar de ese modo á una mujer es cobarde, es sucio, es pequeño, es bajo, y cuando se anuncian hechos de esa índole es preciso probarlos.

—Le daré á usted pruebas.

—Las espero.

—Mi querido señor Crevel, pasado mañana le diré á usted el día, la hora y el momento en que podré hacerle ver la espantosa depravación de su futura esposa.

—Muy bien, yo lo celebraré—dijo Crevel recobrando su sangre fría.—Adiós, hijos míos, hasta la vista. Adiós, Isabel.

—Isabel, síguele—dijo Celestina á la prima Bel al oído.

—¡Cómo! ¿se va usted así ya?—dijo Isabel á Crevel.

—¡Ah!—dijo Crevel.—Mi yerno se ha formado, se ha hecho hombre. La audiencia, las cortes, la asistencia judicial y la astucia política lo han reformado por completo. ¡Ah! ¡ah! sabe que me caso el miércoles próximo, y el domingo, dentro de tres días, ese señor se propone demostrarme que mi mujer es indigna de mí. No está mal la cosa. Me vuelvo á firmar el contrato. Vamos, ven conmigo, Isabel, ven; ellos no sabrán nada. Yo quería dejar cuarenta mil francos de renta á Celestina, pero Hulot acaba de portarse de un modo que ha perdido mi cariño para siempre.

—Padre Crevel, aguárdeme diez minutos, espéreme con el coche á la puerta, que yo voy á dar una disculpa para salir.

—Convenido.

—Amigos míos—dijo Isabel que encontró á la familia en el salón,—me voy con Crevel, porque esta noche se firma el contrato y así podré decirles sus disposiciones. Probablemente, ésta será mi última visita á esa mujer. Vuestro padre está furioso y va á desheredaros.

—Su vanidad se lo impedirá—respondió el abogado.—Ha querido poseer la tierra de Presles, y como le conozco, sé que la guardará. Aunque tuviese hijos, Celestina siempre reco-

gerá la mitad de lo que deje, pues la ley impide desheredarla. Pero estas cuestiones no son nada para mí; ahora sólo pienso en nuestro honor. Vaya usted, prima, y fíjese bien en el contrato—dijo estrechando la mano de Isabel.

Veinte minutos después, Isabel y Crevel entraban en el palacio de la calle de Barbet, donde la señora Marneffe esperaba con grata impaciencia el resultado del paso que había ordenado. A la larga, Valeria acabó por sentir por Wenceslao ese prodigioso amor que se apodera una sola vez de las mujeres. Aquel artista frustrado se convirtió para la señora de Marneffe en un amante tan perfecto como lo había sido Valeria para el barón Hulot. Valeria tenía unas zapatillas en una mano, y la otra estaba entre las de Steimbock, en cuyo hombro apoyaba su cabeza. Ocurre con la conversación que habían entablado después de la marcha de Crevel, como con esas grandes obras literarias de nuestro tiempo, en cuya portada se lee: «queda prohibida la reproducción». Como es natural, aquella obra maestra de poesía íntima, hizo acudir á los labios del artista quejas amargamente expresadas.

—¡Ah! ¡qué desgracia que me haya casado!—dijo Wenceslao,—porque si yo hubiese esperado, como me aconsejaba Isabel, hoy podría casarme contigo.

—Se necesita ser polaco para desear convertir en mujer á una querida adicta—exclamó Valeria.—Cambiar el amor por el deber, el placer por el aburrimiento.

—¡Como sé que eres tan caprichosa!—respondió Steimbock.—¿No te vi yo hablar con Isabel del barón Montes, de ese brasileño?

—¿Quieres desembarazarme de él?—dijo Valeria.

—Sería el único modo de impedir que le vieses—respondió el ex escultor.

—Querido mío—respondió Valeria,—sabe que yo lo manejaba para convertirlo en mi marido, porque á ti te lo digo todo... Las promesas que yo he hecho á ese brasileño... ¡oh! antes de conocerte—dijo respondiendo á un gesto de Wenceslao,—esas promesas en que él se basa para atormentarme, me obligan á casarme casi en secreto, pues si él supiese que voy á ser mujer de Crevel, sería capaz de matarme.

—¡Oh! respecto á ese punto, no temas—dijo Steimbock, haciendo un gesto de desprecio que quería decir que aquel peligro debía ser insignificante para una mujer amada por un polaco.

Tened en cuenta que son tan valientes en realidad los polacos, que en materia de valentías no hay en ellos nada de fanfarronería.

—Y ese imbécil de Crevel, que quiere dar una fiesta y que se entrega á sus gustos de fasto económico con motivo de mi boda, me pone en un apuro del que no sé cómo salir.

¿Podía Valeria confesar á aquel á quien adoraba, que desde la ruptura con el barón Hulot, el barón Enrique Montes había heredado el privilegio de ir á su casa á todas las horas de la noche, y que á pesar de su astucia, no había podido encontrar una causa de riña, en la que el brasileño creyese tener toda la culpa? Conocía demasiado bien el carácter semi salvaje del barón, que se parecía mucho al de Isabel, para no temblar pensando en aquel moro de Río Janeiro. Al ruido del coche, Steimbock dejó á Valeria, á quien tenía abrazada por el talle, y tomó un periódico, en cuya lectura le encontraron absorto. Valeria bordaba con minuciosa atención unas zapatillas para su futuro.

—¡Cómo *la* calumnian!—dijo Isabel al oído á Crevel en el umbral de la puerta, enseñándole este cuadro.—Vé usted su peinado, ¿está, acaso, deshecho? De dar fe á Victorino, ahora debería usted haber sorprendido á los dos tortolitos en el nido.

—Mira, mi querida Isabel—respondió Crevel,—para hacer de una Aspasia una Lucrecia, basta inspirar una pasión.

—¿No le he dicho yo siempre que á las mujeres les gustan los grandes libertinos como usted?—repuso Isabel.

—Es que también sería muy ingrata—respondió Crevel,—porque ¡cuánto dinero no he empleado yo aquí! Sólo Grindot y yo lo sabemos.

Y esto diciendo, le enseñaba la escalera. En el arreglo de aquel palacio, que Crevel consideraba como suyo, Grindot había procurado competir con Clereti, arquitecto de gran fama, á quien el duque de Herouville había confiado la casa de Josefa; pero Crevel, incapaz de comprender las artes, como todos los burgueses, había querido gastar una suma fija señalada de antemano. Teniendo que sujetarse á un presupuesto, Grindot no había podido realizar su sueño de arquitecto. La diferencia que distinguía al palacio de Josefa del de la calle de Barbet, era la misma que existe entre las cosas originales y las vulgares. Lo que se admiraba en casa

de Josefa, no se veía en ninguna parte. Estos dos lujos están separados por el río del millón. Un espejo único vale seis mil francos, y el espejo inventado por el fabricante que lo explota, cuesta quinientos. Una araña auténtica de Boule, adquiere en venta pública el precio de tres mil francos, y la misma araña moldeada, puede ser fabricada por mil ó por mil doscientos; lo uno es en arqueología lo que un cuadro de Rafael en pintura, lo otro es la copia ¿y qué vale una copia de Rafael? El palacio de Crevel era, pues, un magnífico modelo del lujo de los tontos, del mismo modo que el de Josefa era el más hermoso tipo de una habitación de artista.

—Tenemos guerra—dijo Crevel, dirigiéndose hacia su futura.

La señora de Marneffe llamó y le dijo al criado:

—Vaya usted á buscar al señor Berthier y no vuelva sin él. Padrecito mío—dijo abrazando á Crevel,—si tú hubieses salido airoso, hubiésemos retrasado nuestra dicha para dar una fiesta espléndida; pero, amigo mío, cuando toda una familia se opone á un matrimonio, la decencia exige que se haga sin aparato, sobre todo cuando la novia es viuda.

—Yo quiero ostentar un lujo á lo Luis XIV—dijo Crevel, que hacía algún tiempo que juzgaba pequeño el siglo xviii. He encargado coches nuevos, tenemos el coche del señor y el de la señora, dos bonitos cupés, una calesa y una berlina de aparato con un soberbio asiento que tiembla como la señora Hulot.

—¡Ah! ¿yo quiero? ¿No eres ya mi cordero? No, no, corcito mío, tú harás lo que yo quiera. Esta misma noche vamos á firmar el contrato entre nosotros. Después, el miércoles nos casaremos oficialmente como se casan en *catimini*, según decía mi pobre madre. Iremos á pie á la iglesia, vestidos con sencillez, mandaremos decir una misa, y nuestros testigos serán Stidman, Steimbock, Vignon y Masol, hombres todos de talento, que se hallarán en la iglesia como por casualidad y que nos harán el sacrificio de oír una misa. Por excepción, tu colega nos casará á las nueve de la mañana. La misa es á las diez, y á las once y media ya estaremos aquí para almorzar. He prometido á nuestros convidados que no nos levantaríamos de la mesa hasta la noche. Tendremos á Bixiou, á Tillet, á Lousteau, á Verniset, á León de Lora, á Vernou, la flor de los talentos, que no sabrán que estamos casados; los engañaremos, nos alegraremos un poco, é Isabel también ven-

drá, porque quiero yo que aprenda el matrimonio. Bixiou tiene que hacerle proposiciones y desarmarla.

Durante dos horas, la señora de Marneffe dijo multitud de locuras que contribuyeron á que Crevel se hiciese esta juiciosa reflexión:

—¿Cómo puede estar depravada una mujer tan alegre? Locuela sí, pero perversa no lo creo.

—¿Qué te han dicho tus hijos de mí? ¿Muchos honores?—preguntó Valeria á Crevel en un momento en que lo tuvo á su lado.

—Afirman que estás enamorada criminalmente de Wenceslao, tú que eres la virtud misma.

—Ya lo creo que le quiero á mi pequeño Wenceslao—exclamó Valeria llamando al artista, tomándole la cabeza y besándose. ¡Pobre muchacho! sin apoyo, sin fortuna, despreciado por una jirafa color de zanañoria. ¿Qué quieres, Crevel? Wenceslao es mi poeta, y yo le quiero á la luz del día como si fuese mi hijo. Esas mujeres virtuosas ven el mal en todas partes y en todo. Lo cual prueba que ellas no pueden permanecer al lado de un hombre sin pecar. Yo soy como los niños mimados á quienes no se ha negado nada: los bombones no me causan ya ninguna emoción. ¡Pobres mujeres! las compadezco. ¿Y quién era el que me criticaba de ese modo?

—Victorino—dijo Crevel.

—¿Y por qué no le has cerrado el pico á ese lorito judicial contándole lo de los doscientos mil francos de la mamá?

—¡Ah! la baronesa había huído—dijo Isabel.

—Que tengan cuidado, Isabel—dijo la señora de Marneffe frunciendo las cejas,—ó me recibirán en su casa con todo género de consideraciones y vendrán á casa de su suegra todos, ó los haré caer más bajo que el barón, díselo de mi parte. Quiero hacerme mala al fin, porque creo firmemente que el mal es la hoz con que se arreglan muchas cosas.

A las tres, el señor Berthier, sucesor de Cardot, leyó el contrato de matrimonio, después de una corta conferencia entre él y Crevel, pues ciertos artículos dependían de la resolución que tomase el señor Hulot hijo. Crevel reconocía á su futura esposa una fortuna compuesta: Primero, de cuarenta mil francos de renta, cuyos títulos eran designados; segundo, del palacio y todo el mobiliario que contenía; y tercero, tres millones en dinero. Además, hacía á su futura esposa todas

las donaciones permitidas por la ley, la dispensaba de todo inventario, y en el caso de que los contrayentes no tuviesen hijos al morir alguno de ellos, se daban mutuamente la universalidad de sus muebles é inmuebles. Este contrato reducía la fortuna de Crevel á dos millones de capital. Si tenía hijos con su nueva mujer, reducía la parte de Celestina á quinientos mil francos, á causa del usufructo de la fortuna concedida á Valeria, lo cual era aproximadamente la novena parte de su fortuna actual.

Isabel se fué á comer á la calle de Luis el Grande, con la desesperación pintada en el rostro. Comentó el contrato de matrimonio, lo explicó, y pudo notar que lo mismo Celestina que Victorino se mostraron insensibles á aquella desastrosa nueva.

—Hijos míos, habéis irritado á vuestro padre—les dijo.—La señora Marneffe ha jurado que recibiríais en vuestra casa á la mujer del señor Crevel y que iríais á la suya.

—¡Nunca!—dijo Hulot.

—¡Nunca!—dijo Celestina.

—¡Nunca!—exclamó Hortensia.

Isabel sintió deseos de vencer la actitud soberbia de todos los Hulot, y dijo:

—¡Parece que tiene armas contra nosotros! Yo no sé aún de qué se trata, pero lo sabré. Ha hablado vagamente de una historia de doscientos mil francos que atañe á Adelina.

La baronesa Hulot se dejó caer suavemente en el sillón en que se hallaba, y empezó á ser presa de espantosas convulsiones.

—¡Id allá, hijos míos!—gritó.—Recibid á esa mujer. El señor Crevel es un infame, merece el último suplicio... Obedeced á esa mujer. *Lo sabe todo.*

Después de estas palabras mezcladas con lágrimas y con sollozos, la señora Hulot sacó fuerza de flaqueza para subir á su habitación, apoyada en el brazo de Celestina y en el de su hija.

—¿Qué quiere decir todo esto?—exclamó Isabel al quedar sola con Victorino.

El abogado, lleno de una estupefacción muy natural y muy concebible, no oyó siquiera á Isabel.

—Estoy asustado—dijo el abogado, cuya mirada se volvió amenazadora,—desgraciado el que toque á mi madre, por que entonces no tendré escrúpulos! Si pudiese aplastarla á

esa mujer como se aplasta á un reptil. ¡Ah! ataca la vida y el honor de mi madre.

—Mi querido Victorino, tú no digas nada, pero esa mujer acaba de decirme que os rebajaría á todos aún más que á vuestro padre, y ha reprochado acremente á Crevel el que no te hubiese tapado la boca con ese secreto que tanto parece asustar á Adelina.

Se mandó á buscar á un médico, porque el estado de la baronesa empeoraba. El médico recetó una porción de opio, y Adelina, después de tomarla, cayó en profundo sueño, sin que esto impidiese el que toda aquella familia fuese presa del más vivo terror. Al día siguiente el abogado se fué muy temprano á la audiencia y pasó por la prefectura de policía para suplicar á Vautrin que le enviase á la señora de Saint-Esteve.

—Señor, nos han prohibido que nos ocupásemos de usted; pero la señora de Saint-Esteve es negociante y se pondrá á sus órdenes—respondió el célebre jefe.

De vuelta á su casa, el pobre abogado supo que la razón de su madre inspiraba serios temores. El doctor Bianchon, el doctor Larabit y el profesor Angard, reunidos en consulta, acababan de decidir el empleo de medios heroicos para evitar la aglomeración de sangre en la cabeza. En el momento en que Victorino escuchaba al doctor Bianchon, el cual detallaba las razones que tenía para esperar que aquella crisis fuese pasajera, el ayuda de cámara acudió á anunciarle al abogado que la señora de Saint-Esteve le esperaba. Victorino dejó á Bianchon con la palabra en la boca, y bajó las escaleras con la rapidez de un loco.

—¿Habrá en la casa algún principio de locura contagiosa?—dijo Bianchon volviéndose hacia Larabit.

Los médicos se fueron, dejando á un interno encargado de velar á la señora Hulot.

—¡Toda una vida de virtud!

Tal era la única frase que la enferma pronunciaba después de la catástrofe. Isabel no dejaba la cabecera de la cama, velaba á Adelina y era admirada por los dos jóvenes.

—¿Cómo va el asunto, mi querida señora Saint-Esteve?—dijo el abogado introduciendo á la horrible vieja en su despacho, después de cerrar cuidadosamente las puertas.

—¿Ha reflexionado usted ya, amiguito mío?—dijo la vieja mirando á Victorino de un modo irónico.

—¿Ha hecho usted algo?

—¿Da usted cincuenta mil francos?

—Sí—respondió Hulot,—porque es preciso obrar. ¿Sabe usted que esa mujer ha puesto en peligro la vida y la razón de mi madre con una sola frase? Conque hay que ir adelante.

—Ya hemos hecho algo—replicó la vieja.

—¿Qué?—dijo Victorino convulsivamente.

—¿No pondrá usted reparo á los gastos?

—Al contrario.

—Es que se han gastado ya veintitrés mil francos.

Hulot miró á la Saint-Estève de un modo estúpido.

—¿Hombre! ¿Sería usted tonto acaso, siendo considerado como una de las lumbreras de la audiencia? Por esta suma podemos comprar la conciencia de una camarera y un cuadro de Rafael, lo cual no es caro.

Hulot seguía en actitud estúpida, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Bueno—repuso la Saint-Estève;—hemos comprado á la señorita Reina Tousard, la que dispone de toda la confianza de la señora Marneffe.

—Comprendo.

—Pero si ha de andar usted con cicaterías, dígalo.

—Pagaré lo que se me pida. Adelante. Mi madre me ha dicho que esas gentes merecían los mayores suplicios.

—¿Ya no se engaña á nadie!—dijo la vieja.

—¿Me responde usted del éxito?

—Déjeme usted hacer—respondió la Saint-Estève.—Su venganza se prepara.

La vieja miró el reloj, que señalaba las seis de la tarde.

—Su venganza no está lejos, los hornillos del Rocher de Cancale están encendidos, los caballos de los coches pifan, mis hierros se calientan. ¡Ah! conozco de sobra á su señora Marneffe; todo está preparado, las ratoneras están armadas; y mañana le diré si el ratón se envenenará. Yo creo que sí. Adiós, hijo mío.

—Adiós, señora.

—¿Sabe usted inglés?

—Sí.

—¿Ha visto usted representar *Macbeth*, en inglés?

—Sí.

—Pues bien, hijo mío, ¡tú serás rey!, es decir, tú heredarás—dijo aquella espantosa bruja adivinada por Shakspeare,

y que parecía conocer á Shakspeare, dejando á Hulot alelado, á la puerta de su despacho.—No olvides que la citación es para mañana—añadió como pleitista consumada, pues veía llegar á dos personas y quería pasar á sus ojos por una condesa Pimbeche.

—¿Qué desfachatez!—se dijo Hulot, saludando á su pretendida cliente.

CAPÍTULO XXXV

Una comida de licenciosas

El barón Montes de Montejanos era un elegante, pero un elegante inexplicable. El París de la moda, la gente bohemia y las mujeres de vida alegre, admiraban los chalecos especiales de aquel señor extranjero, sus botas de irreprochable brillo, sus envidiados caballos, sus coches guiados por negros esclavos. Su fortuna era conocida, pues tenía crédito por setecientos mil francos en casa del banquero Tillet; pero de le veía siempre solo. Si iba á los estrenos, ocupaba generalmente una butaca, no frecuentaba ningún salón, no había estado nunca el brazo á ninguna mujer de vida alegre y no se podía unir su nombre al de ninguna de las mujeres conocidas. Por pasatiempo jugaba al whist en el Jockey Club, y la gente no podía hacer otra cosa que calumniar sus costumbres, ó, lo que es más raro aún, su persona. Le llamaban Combabus. Bixiou, León de Lora, Lousteau, Florina, la señorita Eloisa de Brisetout, y Nathan, cenando en casa del ilustre Carabina, con muchos elegantes y mujeres de moda, habían inventado esta explicación excesivamente burlesca. Masol en su calidad de consejero de Estado, y Claudio Mignon en su calidad de antiguo profesor de griego, habían contado á las ignorantes libertinas la famosa anécdota relatada en la historia antigua de Rollin, concerniente á Combabus, aquel Abelardo voluntario encargado de guardar á la mujer de un rey de Asiria, de Persia, Bactriana y Mesopotamia y otras comarcas de la geografía propia del antiguo profesor Bocage, que continuó Ambille, el creador del antiguo Oriente. Este apodo, que hizo reir más de un cuarto de hora á los convidados de Carabina, dió materia para una

multitud de bromas sobrado ligeras en una obra á la que la Academia podría no dar el premio Mouthion, pero entre las cuales se notará el nombre que le quedó al hermoso barón, á quien Josefa llamaba un *magnífico brasileño*, cual si dijese un *magnífico Catoxantha*. Carabina, la más ilustre de las libertinas, aquella cuya distinguida belleza y graciosas ocurrencias habían arrancado el cetro del tercer distrito de las manos de la señorita Turquet, más conocida por el nombre de Málaga, la señorita Serafina Sinet, pues tal era su verdadero nombre, era al banquero Tillet, lo que Josefa Mirah era al duque de Herouville.

Ahora bien, la mañana misma del día en que la Saint-Esteve profetizaba el éxito á Victorino, Carabina había dicho á Tillet, á eso de las siete de la mañana.

—Si fueses tan bueno, que me dices una comida en el Rocher de Cancale y llevases á Combabus. Queremos saber al fin si tiene querida. Yo he apostado á favor y quiero ganar.

—Siempre está en el hotel de los príncipes, yo pasaré á buscarle y nos divertiremos—respondió de Tillet.—Que estén allí todos nuestros compañeros, Bixiou, Lora, en fin, toda la gente de trueno.

A las siete y media, en el salón más hermoso del establecimiento, en el cual ha comido Europa entera, brillaba sobre la mesa un magnífico servicio de plata hecho expresamente para las comidas en que la vanidad pagaba el exceso en billetes de banco. Torrentes de luz caían cual cascadas sobre la plata haciéndola brillar, y multitud de mozos que hubiesen sido tomados por diplomáticos si hubiesen sido vistos por provincianos, se mantenían serios como gentes que sabían que habían de ser espléndidamente pagados.

Cinco personas llegadas esperaban á otras nueve. Eran éstas, en primer término, Bixiou, sal de toda cocina intelectual, que se mantenía aún con reputación en 1843, con una provisión de bromas siempre nuevas, fenómeno éste que es tan raro en París como la virtud. Después León de Lora, que era el mejor paisajista y marinerista que había, pues tenía sobre sus rivales la ventaja de que nunca descendía. Las mujeres de vida alegre no podían pasar sin estos dos reyes de la broma. No había cena ni comida, ni jira alguna sin ellos. Serafina Sinet, apodada Carabina, en su calidad de querida del anfitrión, había sido una de las primeras en lle-

gar y hacía resplandecer sobre sus hombros, sin rivales en París, un cuello torneado, sin una arruga, y su rostro picaresco. Llevaba una bata de satén adornada con encajes de Inglaterra, en cantidad suficiente para que con su producto pudiese mantenerse por espacio de un mes toda una aldea. La bonita Jeny Cadine, que no trabajaba en el teatro y cuya figura es sobrado conocida para que digamos aquí nada de ella, llevaba un prendido fabuloso. Una jira es siempre, para esta clase de mujeres, un Longchamps de vestidos donde todas quieren que sus millonarios ganen el premio, diciendo así á sus rivales:

—He aquí lo que yo valgo.

Una tercera mujer, que principiaba sin duda su carrera, miraba casi avergonzada el lujo de aquellas dos comadres tan ricamente compuestas. Sencillamente vestida con un traje de cachemira blanco adornado con puntillas azules, había sido peinada con flores por un peluquero de la clase de los *Mertan*, cuya torpe mano había sabido comunicar las gracias de la inocencia á unos adorables cabellos rubios. Incomoda aún con su vestido, aquella joven tenía la *timidez* inseparable del primer estreno. Llegaba de Valognes para dar salida en París á una frescura desesperante, á un candor capaz de excitar los deseos de un moribundo, y una belleza digna de todas las que Normandía ha proporcionado ya á los diferentes teatros de la capital. Las líneas de aquella cara intacta parecían el ideal de la pureza de los ángeles. Su blancura láctea relucía de tal modo, que parecía un espejo. Sus colores parecían haber sido puestos en sus mejillas con un pincel. Se llamaba Cydalisa. Como se va á ver, era un peón necesario en la partida que jugaba la señora Nourisson contra la señora Marneffe.

—Hijita mía, ¡vaya unos brazos más hermosos!—había dicho Jeny Cadine á aquella joven, cuando se la presentó Carabina.

En efecto, Cydalisa ofrecía á la admiración pública unos brazos magníficos coloreados por una sangre pura.

—¿Cuánto vale?—preguntó Jeny Cadine á Carabina.

—¡Una herencia!

—¿Qué quieres hacer de ella?

—Quiero hacerla la señora Combabus.

—¿Y cuánto te dan por ello?

—Adivínalo.

—¿Un servicio de plata?

—Tengo tres.

—¿Diamantes?

—Los vendo.

—¿Un mono verde?

—No, un cuadro de Rafael.

—Pero ¡qué caprichos tienes!

—Es que Josefa me está dando la lata con sus cuadros, y yo quiero llegar á tenerlos mejores que los de ella—respondió Carabina.

Tillet acompañaba al héroe de la comida, al brasileño, y el duque de Herouville lo seguía acompañado de Josefa. La cantante se había puesto un sencillo traje de terciopelo, pero en torno de su cuello brillaba un collar de ciento veinte mil francos. Entre los mechones de su pelo llevaba una sola camelia roja de un efecto despampanante y se había puesto una docena de brazaletes en cada de uno de sus brazos. Al entrar fué á dar la mano á Jeny Cadine, la cual le dijo:

—¿Me prestas tus mitones?

Josefa se quitó los brazaletes, y colocándolos en un plato se los ofreció á su amiga.

—¡Qué lujo!—dijo Carabina—¡ni que fuera una duquesa! ¡Vaya unas perlas! Señor duque, ha agotado usted los mares para adornar á esa muchacha—añadió volviéndose hacia el pequeño duque de Herouville.

La actriz tomó un solo brazaletes, colocó los otros veinte en los brazos de la cantante y le dió un beso.

Lousteau, el gorrón literario, la Palferina y Málaga, Masol y Vauvinet, y Teodora Gaillard, uno de los propietarios de los periódicos políticos más importantes, completaban el número de los invitados. El duque de Herouville, cortés con todo el mundo como un gran señor, dirigió al conde de la Palferina ese saludo especial que, sin acusar estimación ó intimidad, parece decir á todo el mundo: «somos de la misma familia, de la misma raza, valemos tanto el uno como el otro». Este saludo, el *sihvolet* de la aristocracia, ha sido creado para desesperación de las gentes de talento acomodadas.

Carabina tomó á Combabus á su izquierda y al duque de Herouville á su derecha. Cydalisa ocupó el otro lado del brasileño, y Bixiou se sentó junto á la normanda. Málaga se puso al lado del duque.

A las siete, empezó el ataque á las ostras. A las ocho, entre los dos servicios, se tomó el ponche helado. Todo el mundo conoce el *menú* de estos festines. A las nueve, se charlaba como se charla después de 42 botellas de diferentes vinos, bebidas entre catorce personas. Los postres, esos horribles postres del mes de abril, habían sido servidos. Aquella atmósfera embriagadora, sólo había emborrachado á la normanda, que tarareaba un villancico. Excepto esta pobre muchacha, nadie había perdido la razón, pues lo mismo los bebedores que las mujeres de aquella cena, eran de lo más selecto de París para un festín. Los espíritus estaban alegres, los ojos, aunque brillantes, seguían llenos de inteligencia, pero los labios se inclinaban á la sátira, á la anécdota, á la indiscreción. La conversación, que había versado hasta entonces sobre carreras de caballos, espectáculos, jugadas de bolsa y conocidas historias escandalosas, amenazaba hacerse íntima, fraccionándose en grupos.

Este fué el momento en que, á una mirada dirigida por Carabina á León de Lora, á Bixiou, á la Palferina y á Tillet, se comenzó á hablar de amor.

—Los médicos notables no hablan nunca de medicina, los verdaderos nobles no hablan nunca de abolengo, las gentes de talento no hablan de sus obras—dijo Josefa,—¿por qué hablar de nuestra profesión? Yo, que he dejado la ópera para venir, no lo he hecho ciertamente para trabajar aquí, de modo que no empecemos, amigas mías.

—Se te habla del verdadero amor, querida mía—dijo Málaga,—de ese amor que le hace á una hundirse y que le decide á uno á vender á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos, y que se vaya á caer en Clichy.

—Entonces, hablad—repuso la cantante,—porque de ese amor yo no entiendo.

—¿No la amo yo á usted, Josefa?—dijo el duque en voz baja.

—Usted podrá amarme verdaderamente—dijo la cantante al oído al duque sonriéndose,—pero yo no le amo con el amor de que se habla aquí, con ese amor que hace que el universo parezca todo negro sin el hombre amado. Me es usted agradable, útil, pero no indispensable, y si mañana me abandonase, en lugar de un duque tendría tres.

—¿Es que el amor existe acaso en París?—dijo León de Lora.—Nadie tiene aquí tiempo para hacer su fortuna: ¿cómo

se ha de entregar, pues, nadie al amor verdadero que se apodera de un hombre como se apodera el agua del azúcar? Es necesario ser inmensamente rico para amar, porque el amor anula á un hombre dejándolo poco más ó menos como nuestro querido barón brasileño que está aquí presente. Hace ya mucho tiempo que yo he dicho que los extremos se tocan. Un verdadero enamorado se parece á un eunuco, porque, aparte de la suya, todas las demás mujeres están de sobra en la tierra. Es misterioso como un verdadero cristiano solitario en su Tebaida. Ved á ese buen brasileño.

Toda la mesa examinó á Enrique Montes de Montejanos, que se sintió avergonzado al ver que era el blanco de todas las miradas.

—Hace una hora que está allí, pensativo, sin notar que tiene por vecina, no diré yo á la mujer más hermosa de París, pero sí á la más fresca.

—Todo es aquí fresco, hasta el pescado, que es la especialidad de la casa—dijo Carabina.

El barón Montes de Montejanos dirigió al paisajista una mirada amable, y le dijo:

—Muy bien, bebo á su salud.

Y saludó á León de Lora haciendo un movimiento de cabeza, llevó á sus labios un vaso lleno de vino de Porto, y bebió magistralmente.

—¿De modo que ama usted?—dijo Carabina á su vecino, interrumpiendo su brindis.

El barón brasileño, pidió que le llenasen de nuevo la copa, saludó á Carabina y repitió el brindis.

—A la salud de la señora—dijo entonces la libertina con un tono tan bromista, que el paisajista, Tillet y Bixiou, soltaron una carcajada.

El brasileño permanecía grave, como un hombre de bronce, y esta sangre fría irritó á Carabina, la cual, aunque sabía perfectamente que Montes amaba á la señora de Marnéffe, no se esperaba aquella fe brutal y aquel silencio del hombre convencido. Generalmente, lo mismo se juzga á una mujer por la actitud de su amante, que al amante por el porte de su amada. Orgullosa de amar á Valeria y de ser amado por ella, el barón dirigió á aquellos distinguidos conocedores una sonrisa irónica, y todo su porte era en realidad digno de ser visto: los vinos no habían alterado su color, y sus ojos, que brillaban con el resplandor propio del oro

bruñido, guardaban de tal modo los secretos del alma, que Carabina no pudo menos de decirse para sus adentros:

—¡Qué mujer! ¡Qué ciego le tiene!

—Es una roca—dijo á media voz Bixiou, que no veía en todo ello más que una carga dada al brasileño y que no sospechaba la importancia que tenía para Carabina la rendición de aquella fortaleza.

Mientras que estas palabras, tan frívolas en apariencia, se pronunciaban á la derecha de Carabina, la discusión acerca del amor continuaba á su izquierda, entre el duque de Herouville, Losteau, Josefa, Jeny Cadine y Masol. Trataban de indagar si tan raros fenómenos eran producidos por el amor, por la testarudez ó por la pasión. Josefa, fastidiada con esas teorías, quiso cambiar de conversación.

—Hablan ustedes de lo que ignoran por completo. ¿Hay alguno que haya amado bastante á una mujer y á una mujer indigna de él, para comer su fortuna y la de sus hijos, para vender su porvenir, para empañar su pasado, para exponerse á ir á presidio robando al Estado y para dejarse venjar los ojos de tal modo que no pensase que se los tapaban á fin de impedir que viese el abismo adonde lo lanzaban como última burla? Tillet tiene debajo de la tetilla una caja, León de Lora su talento, Bixiou se reiría de sí mismo si amase á otra persona que no fuese la suya, Lousteau no lleva aquí más que una víscera, el señor duque es demasiado rico para probar su amor con su ruina, Vauvinet no cuenta; así es que nosotros no habéis amado nunca, ni yo tampoco, ni Jeny, ni Carabina... Por mi parte, sólo he visto una vez el fenómeno que acabo de describir. Me refiero—dijo Josefa á Jeny Cadine—á nuestro pobre barón Hulot, cuya busca voy á anunciar como si fuese un perro, porque quiero encontrarle á toda costa.

—¡Caramba! ¿tendrá la señora de Nourrison dos cuadros de Rafael, cuando Josefa favorece así mi proyecto?—se dijo Carabina mirando á Josefa de cierta manera.

—¡Pobre hombre!—dijo Vauvinet.—Era muy grande, magnífico! ¡qué estilo! ¡qué porte! Tenía el mismo aire de Francisco primero. ¡Qué volcán! ¡y qué habilidad y qué genio desplegabá para buscar dinero! Donde quiera que estaba buscaba, y ahora debe extraerlo de esos muros hechos con los huesos que se ven en el arrabal de París, cerca de las barreras, donde sin duda está escondido.

—Y todo por esa pequeña señora Marneffe—dijo Bixiou.
—¡Vaya una pájara!

—Se casa ahora con mi amigo Crevel—añadió Tillet.

—Y está loca por mi amigo Steimbock—dijo León de Lora.

Estas tres frases fueron tres tiros que Montes recibió en pleno pecho, pues sufrió tanto, que se puso lívido y se levantó penosamente, diciendo:

—Son ustedes unos canallas, y deberían guardarse de mezclar el nombre de una mujer honrada con el de todas estas perdidas.

Montes fué interrumpido por una salva de bravos y de unánimes aplausos. Bixiou, León de Lora, Vauvinet y Masol dieron la señal, y aquello fué un verdadero coro.

—¡Viva el emperador!—dijo Bixiou.

—¡Que le coronen!—exclamó Vauvinet.

—¡Hurra por el Brasil!—gritó Lousteau.

—¡Ah! conqué jamas á nuestra Valeria, barón cobrizo?—dijo León de Lora.—¿Aun no estás hastiado?

—Lo que ha dicho no es parlamentario, pero es magnífico—advirtió Masol.

—Pero ¡cliente mío! tú me has sido recomendado, yo soy tu banquero y no puedo consentir tu inocencia.

—¡Ah! hable usted, que es un hombre serio—dijo el brasileño á Tillet.

—Gracias por el favor que nos hace á todos—exclamó Bixiou saludándole.

—Dígame usted algo positivo—dijo Montes, sin fijarse en las palabras de Bixiou.

—Pues tengo el honor de decirte que estoy invitado á la boda de Crevel.

—¡Ah! ¡Conque Combabus toma la defensa de la señora Marneffe!—dijo Josefa levantándose solemnemente, aproximándose á Montes, dándole un amistoso cachete en la frente y meneando la cabeza al mismo tiempo que le contemplaba un instante, denotando en su cara cierta admiración cómica.
—Hulot es el primer ejemplo de amor, y aquí tenemos el segundo; pero éste no debería contarse, porque viene de los trópicos.

En el momento en que Josefa daba el amistoso cachete al brasileño, Montes se sentaba, y dirigiéndose con la mirada á Tillet, le decía:

—Si soy objeto de una de vuestras bromas parisienses, si habéis querido arrancarme mi secreto, ¡por favor! decídmelo—dijo con aire suplicante y casi infantil,—pero no calumniéis á la mujer á quien amo.

—¡Hombre!—le respondió Carabina al oído—y si fuese usted indignamente engañado, burlado, traicionado por Valeria, y yo le diera las pruebas dentro de una hora en mi casa, ¿qué haría?

—No puedo decírselo aquí, delante de todos estos Yagos.

—Bueno, cálese, no se preste á ser burla de los hombres más ocurrentes de París, venga á mi casa y hablaremos.

Montes estaba anonadado.

—¡Pruebas!—dijo balbuceando,—piense usted que...

—Las tendrá sobradas—dijo Carabina.—Pero cuando la sola sospecha te descompone tanto, llego á temer por tu razón.

—¡Será testarudo ese muchacho! Es peor que el difunto rey de Holanda. Vamos á ver, Lousteau, Bixiou, Masol, ¿no habéis sido todos invitados para pasado mañana por la señora Marneffe?—preguntó León de Lora.

—*Yes*—respondió Tillet.—Barón, tengo el honor de repetirle que si por casualidad tuviese usted intención de casarse con la señora de Marneffe, será usted rechazado como un proyecto de ley y sustituido por una bola que llevará el nombre de Crevel. Amigo mío, mi antiguo compañero Crevel tiene ochenta mil francos de renta y usted de seguro no habrá enseñado otro tanto, porque, de otro modo, hubiese usted sido preferido.

Montes escuchó con un aire medio soñador y medio sonriente, que pareció terrible á todo el mundo. En este momento, un mozo fué á decir al oído á Carabina que una parienta suya estaba en el salón y deseaba hablarle. La libertina se levantó, salió y se encontró con la señora Nourrison, que empezó diciéndole:

—¿Tengo que ir á tu casa, hija mía? ¿ha mordido?

—Sí, mamáta, la pistola está tan bien cargada, que temo mucho que se dispare—respondió Carabina.

CAPÍTULO XXXVI

El paraíso económico del París de 1840

Una hora después, Montes, Cydalisa y Carabina entraban en la calle de San Jorge, en el pequeño saloncito de ésta última. La licenciosa vió á la señora de Nourrison sentada junto al fuego en una poltrona.

—¿Cómo! ¿está aquí mi respetable tía?

—Sí, hija mía, soy yo que vengo á buscar en persona mi pequeña renta. Aunque tengas buen corazón, me olvidarías, y yo mañana tengo que pagar unas letras. Pero ¿á quién traes contigo? Este señor parece estar muy disgustado.

La horrible señora Nourrison, cuya metamorfosis era completa en aquel momento y que parecía ser una buena vieja, se levantó para abrazar á Carabina, una de las ciento y pico de muchachas que había lanzado á la horrible carrera del vicio.

—Sí, es un Otelo que no se engaña, y que tengo el honor de presentarte: el señor barón Montes de Montejanos.

—¡Oh! lo conozco por haber oído hablar de él; le llaman á usted Combabus porque no ama más que á una mujer, lo cual, en París, es como si no se amase á ninguna. ¿Se trata acaso de vuestro amor, de la señora Marneffe, la mujer de Crevel? Mire usted, querido señor, bendiga su suerte en lugar de maldecirla, porque esa mujer no vale nada, yo conozco sus mañas.

—¡Oh! tú no conoces á los brasileños—dijo Carabina, á quien la señora Nourrison acababa de entregar una carta al mismo tiempo que la abrazaba.—Son hombres que se dejan matar por cosas del corazón. Cuanto más celosos son, más quieren serlo. El señor habla de destruirlo todo y no destruirá nada, porque ama. En fin, traigo aquí al señor barón para darle las pruebas de su desgracia, pruebas que tengo yo gracias á Steimbock.

Montes estaba ebrio y escuchaba como si no se tratase de sí mismo. Carabina fué á quitarse el sombrero de terciopelo y leyó el facsímil de la siguiente esquela:

«Gatito mío, él se irá esta noche á comer á casa de Pinot y vendrá á buscarme á la Opera á eso de las once; yo

me irá á las cinco y media, y cuento hallarte en nuestro paraíso, donde encargarás que nos sirvan la comida. Vístete de modo que puedas acompañarme á la Opera. Podremos disponer de cuatro horas. Me devolverás estas cuatro letras, no porque tu Valeria desconfie de ti, pues ya sabes que te daría mi vida, mi honor y mi fortuna, sino porque temo los golpes del azar.»

—Ten, barón, ahí tienes la cartita que ha recibido esta mañana el conde de Steimbock. El original acaba de ser quemado.

Montes volvió y revolvió mil veces el papel, reconoció la letra y acabó por ver claro en el asunto, lo cual prueba que su cabeza no estaba tan trastornada.

—¿Qué interés tiene usted en desgarrarme el corazón, cuando ha comprado el derecho de tener en sus manos esta esquela para hacerla litografiar?—dijo mirando á Carabina.

—¡Gran imbécil!—dijo Carabina, obedeciendo á una seña de la señora Nourrison.—No ves á esta pobre Cydalisa, una niña de diez y seis años, que te ama con locura hace tres meses y que aun no ha podido obtener una mirada tuya? (Cydalisa se llevó el pañuelo á los ojos y empezó á llorar.) A pesar de su aire inocente, está furiosa al ver que el hombre por quien está loca es engañado por una tunanta; tan furiosa que mataría á Valeria.

—¡Oh! eso me toca á mí—dijo el brasileño.

—¿Matar tú?—dijo la Nourrison,—eso ya no se estila aquí.

—¡Oh!—repuso Montes—yo no soy de este país; yo vivo en un lugar en que me burlo de las leyes, y si ustedes me diesen pruebas...

—¡Hombre! ¿y no es nada esta etiqueta?

—No—dijo el brasileño,—yo no creo en la letra, quiero ver.

—¡Oh! ver—dijo Carabina, comprendiendo á las mil maravillas un nuevo gesto de su falsa tía.—Ya te harán ver, tigre mío, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Mire usted á Cydalisa.

A una seña de la señora Nourrison, Cydalisa miró cariñosamente al brasileño.

—¿La amarás, la harás feliz?—preguntó Carabina.—Una mujer tan hermosa bien merece un palacio y un coche, y se-

ría una monstruosidad que tuviese que ir á pie. Y la pobre tiene deudas. ¿Cuánto debes?—dijo Carabina dando un pelizco en el brazo á Cydalisa.

—Vale lo que vale—dijo la Nourrison;—basta con que haya quien la compre.

—Escuche usted—exclamó Montes fijándose, al fin, en aquella admirable obra maestra femenina.—¡Me harán ustedes ver á Valeria!

—Y al conde de Steimbock, ¡pardiez!—dijo la señora Nourrison.

Hacia diez minutos que la vieja observaba al brasileño, y como le viese en situación de servirle de instrumento y bastante ciego para no notarlo, intervino en el asunto, diciendo:

—Mi querido brasileño, Cydalisa es sobrina mía, y por consiguiente este asunto me concierne un poco. Todo esto es cuestión de diez minutos, porque una amiga mía es la que le alquila al conde el cuarto donde tu Valeria toma en este momento su café, un café muy extraño, pero ella le llama á aquello su café. Entendámonos, pues, Brasil; á mí me gusta el Brasil porque es un país cálido. ¿Cuál será la suerte de mi sobrina?

—¡Vieja estúpida!—dijo Montes—¿para qué me has interrumpido? Si tú me enseñas á Valeria junto á ese artista...

—Tan juntos como tú mismo quisieras estar—dijo Carabina.

—Yo tomo á esta normanda y me la llevo.

—¿Adónde?—preguntó Carabina.

—Al Brasil—respondió el barón;—me casaré con ella. Mi tío me dejó diez leguas de terreno invendible, y por eso poseo aún aquella propiedad. Entre negros, negras y negritos, tengo allí más de cien comprados por mi tío.

—¡El sobrino de un negrero!—dijo Carabina haciendo una mueca.—¡Pues no es nada, Cydalisa, hija mía! Eres negrófila?

—Bueno, basta de chanza, Carabina, el señor y yo estamos hablando de negocios—dijo la Nourrison.

—Si yo vuelvo á querer á una francesa, la quiero toda mía, se lo advierto á usted, señorita—dijo el brasileño.—Yo soy un rey, pero no un rey constitucional, sino un czar que he comprado todos mis súbditos, y nadie sale de mi reino, que se halla á cien leguas de toda habitación, habitado por salvajes en el interior, y separado de la costa por un desierto tan grande como Francia.

—Prefiero una buhardilla aquí—dijo Carabina.

—Eso es lo que yo pensaba—replicó el brasileño,—puesto que he vendido todas mis tierras y todo lo que poseo en Río Janeiro para venir á buscar á la señora Marneffe.

—Por algo se hace un viaje de esa índole—dijo la Nourrison,—pero de todos modos, usted tiene derecho á ser amado por sí mismo, siendo como es tan guapo; porque es muy guapo ¿verdad?—le dijo á Carabina.

—Muy guapo, más guapo que el postillón de Lonjumeau—respondió la libertina.

Cydalisa tomó la mano del brasileño, el cual se desembarazó de ella del mejor modo que pudo.

—Había venido á buscar á la señora Marneffe—repuso el brasileño continuando,—¿y no saben ustedes por qué invertí tres años en volver?

—No, salvaje—dijo Carabina.

—Me había dicho muchas veces que quería vivir sola conmigo en un desierto.

—Esto ya no es un salvaje—repuso Carabina,—sino que pertenece á las tribus de los tontos civilizados.

—Me lo había dicho tanto—repuso el barón, insensible á las burlas de la mundana,—que hice construir una casa deliciosa en el centro de aquella inmensa propiedad. Vine á Francia á buscar á Valeria, y la noche en que volví á verla me dijo que esperase la muerte de ese miserable Marneffe, y yo consentí perdonándole el que hubiese aceptado los homenajes de Hulot. No sé si el diablo se habrá puesto faldas, pero es lo cierto que desde aquel momento, esa mujer ha satisfecho todos mis caprichos y todas mis exigencias, y no me ha dado motivo para sospechar de ella un minuto.

—¿Tiene gracia la cosa!—dijo Carabina á la señora Nourrison.

Esta meneó la cabeza en señal de asentimiento.

—Mi fe en esa mujer es igual á mi amor—dijo Montes llorando.—Hace un momento, en la mesa, he estado á punto de abofetear á toda aquella gente.

—Ya lo he visto—dijo Carabina.

—Si me engaña, si se casa, si está en este momento en brazos de Steimbock, esa mujer merece mil muertes y la aplastaré como se aplasta á una mosca.

—¿Y los gendarmes, hijo mío?—dijo la señora Nourrison con una sonrisa de vieja que ponía carne de gallina.

—¿Y el comisario de policía, y los jueces y la audiencia, y todo lo que sigue?—dijo Carabina.

—Es usted muy tonto, amigo mío—dijo la Nourrison, que deseaba conocer todos los proyectos de venganza del brasileño.

—¡La mataré!—repitió éste fríamente.—¡Ah! me habéis llamado salvaje; pero ¿creéis acaso que voy á imitar la estupidéz de vuestros compatriotas, que van á comprar el veneno á las farmacias? Mientras que veníamos por el camino, yo he pensado mi venganza para el caso de que Valeria me engañe. Uno de mis negros lleva el más seguro de los venenos animales, una terrible enfermedad que vale más que el veneno vegetal, y que sólo se cura en el Brasil. Yo se la haré coger á Cydalisa y la cogeré yo también en unión de Crevel y de su mujer, y cuando la muerte esté en las venas de éstos, yo estaré más allá de los Azores con vuestra prima, que se curará y pasará á ser mi mujer. Nosotros, los salvajes, tenemos nuestros procedimientos. Cydalisa es la única cosa que me falta—dijo mirando á la normanda.—¿Cuánto debe?

—Cien mil francos—dijo Cydalisa.

—Habla poco, pero bien—dijo en voz baja Carabina á la señora Nourrison.

—¡Yo estoy loco!—exclamó el brasileño con voz ronca, dejándose caer sobre una otomana.—¡Me moriré!; pero quiero verlo, porque me parece imposible. ¿Quién me dice que no es obra de un falsificador una carta litografiada? ¡Amar el barón Hulot á Valeria!—dijo recordando las palabras de Josefa.—No, la prueba de que no la quiere es que la deja vivir. Si ella no es toda mía, no la dejaré vivir para nadie.

Causaba espanto el ver á Montes, y más espanto aún el oírle. Se enfurecía, se retorció, rompía todo lo que tocaba, y la madera de palisandro parecía vidrio.

—¡Vaya una manera de romper cosas!—dijo Carabina mirando á la Nourrison.

—Hijito mío,—añadió Carabina dando un golpecito en el hombro al brasileño.—Rolando el furioso está muy bien en un poema, pero en una habitación es prosaico y caro.

—Hijo mío—dijo la Nourrison levantándose y poniéndose delante del brasileño,—yo soy de tu religión. Cuando se ama de cierta manera hasta la muerte, la vida responde

del amor. El que se va se lo lleva todo. Cuenta con mi estimación, con mi admiración y con mi consentimiento, sobre todo por tu proceder, que me va á convertir en negrófila. Pero tú amas, recularás.

—¡Yo! Si ella es una infame, aseguro...

—Vamos, después de todo, hablas demasiado—repuso la Nourrison.—Un hombre que quiere vengarse y que se dice salvaje, obra de otro modo. Para ver al objeto de tu amor en su paraíso tienes que tomar á Cydalisa, fingir que entras en él por un error, pero sin armar escándalo. Si quieres vengarte no necesitas desesperarte ni hacer que tu amante sepa nada. ¿Estamos conformes?—dijo la señora Nourrison viendo al brasileño sorprendido ante tan sutil maquinación.

—Vamos, avestruz, vamos, te comprendo.

—Adiós, hermosa mía—dijo la señora Nourrison á Carabina.

Y haciendo seña á Cydalisa de que se bajase con Montes, se quedó sola con Carabina para decirle:

—Ahora, nena mía, lo único que temo es que la estrangule, lo cual me pondría en un aprieto, porque no me convienen asuntos ruidosos. ¡Oh! yo creo que ya te has ganado tu cuadro de Rafael; pero aunque dicen que es un Mignard, no te importe, porque es mucho más bonito. Me han dicho que los Rafaeles estaban todos negros, mientras que este es lindo como un Girodet.

—Yo lo único que quiero es superar á Josefa, y me tiene sin cuidado que sea un Mignard ó un Rafael. ¡Lo que es esa ladrona, llevaba unas perlas que había para condenarse por tenerlas!

Cydalisa, Montes y la señora Nourrison subieron á un coche que estaba parado á la puerta de Carabina. La señora Nourrison indicó en voz baja al cochero una casa del barrio de los Italianos, adonde podían llegar en pocos instantes, pues desde la calle de San Jorge la distancia es de siete á ocho minutos; pero la señora Nourrison le ordenó que pasase por la calle Lapelletier, á fin de pasar revista á los coches allí estacionados.

—Brasileño—dijo la Nourrison,—á ver si ves por aquí los criados y el coche de tu ángel.

El barón señaló con el dedo el carruaje de Valeria en el momento en que pasaba por delante de él.

—Ha dicho á sus criados que viniesen á las diez, y ha ido

en un coche de alquiler á la casa en que está con el conde de Steimbock. Ha comido y vendrá á la Ópera dentro de media hora. ¡No está mal pensado!—dijo la señora Nourrison.—Eso te dará la explicación de cómo puede haberte engañado tanto tiempo.

El brasileño no respondió. Metamorfoseado en tigre, había recobrado la sangre fría imperturbable, tan admirable durante la comida. En fin, que estaba tranquilo como un quebrado al día siguiente de hacer balance.

A la puerta de la fatal casa estaba estacionado un coche con dos caballos.

—Quédate en el coche—dijo la señora Nourrison á Montes.—No se entra aquí como en una taberna. Ya vendrán á buscarte.

El paraíso de la señora de Marneffe y de Wenceslao no se parecía gran cosa á la casita Crevel, que éste había vendido al conde Máximo de Trailles. Aquel paraíso, el paraíso de mucha gente, consistía en un aposento retirado del cuarto piso, dando á la escalera, de una casa sita en el barrio de los Italianos. En cada piso de aquella casa, en cada descansillo, había un cuarto dispuesto antaño para servir de cocina á cada habitación; pero la casa se había convertido en una especie de posada que servía de refugio á los amores clandestinos á precios exorbitantes, y la señora Nourrison, que era la principal inquilina, había juzgado con razón que sus cocinas tendrían mucho más valor convirtiéndolas en especie de comedorcitos. Cada una de aquellas piezas, formadas de dos grandes paredes medianeras y con vistas á la calle, se hallaba completamente aislada; de modo que mientras se comía allí, se podía hablar de toda suerte de secretos sin temor á ser oído. Para mayor seguridad, las ventanas estaban provistas de persianas por fuera y de puertas por dentro. A causa de todas estas particularidades, aquellos cuartos costaban trescientos francos mensuales. Aquella casa, paraíso lleno de misterios, estaba alquilada por veinticuatro mil francos á la señora Nourrison I, la cual, un año con otro, ganaba veinte mil, después de pagar á su sustituta, á la señora Nourrison II, pues no la administraba por sí misma.

El paraíso alquilado al conde de Steimbock había sido alfombrado, pues la frialdad y la dureza de un pavimento formado con ladrillos rojos, no era agradable á los pies. El mobiliario consistía en dos bonitos sofás y una cama en una

alcoba medio oculta á la sazón por una mesa cargada con los restos de una comida, dos botellas de vino y una de *champagne*. Enviado sin duda por Valeria, se veían, además, allí, una mecedora, una otomana y una bonita cómoda con un espejo de cuerpo entero estilo Pompadour. En el techo una lámpara producía una semiclaridad aumentada por la que producían las bujías de la mesa y las de la chimenea.

Esta descripción pintará *urbi et orbe* el amor clandestino en las mezquinas proporciones que le imprime el París de 1840. ¡Ay de mí! ¡Cuán distante está del amor adúltero simbolizado por las redes de Vulcano hace tres mil años! En el momento en que Cydalisa y el barón subían, Valeria, de pie delante de la chimenea, donde ardía alguna leña, se hacía atar el corsé por Wenceslao. Este es el momento en que ofrece bellezas sobrenaturales la mujer que no es demasiado gruesa ni demasiado delgada, como le pasaba á la fría y elegante Valeria. La rosada carne solicita entonces una mirada de los ojos menos entusiastas. Las líneas del cuerpo, tan poco velado entonces, son acusadas con tanta fidelidad por los pliegues de las enaguas, que la mujer es irresistible como todo lo que uno se ve obligado á dejar. El rostro feliz y sonriente en el espejo, el pie que se impacienta, la mano que va reparando el desorden de los rizos del peinado, los ojos radiantes de agradecimiento y el fuego del contento que, cual una puesta de sol, se extiende á los menores detalles de la fisonomía, toda á aquella hora sirve de imperecedero recuerdo... A decir verdad, el que echando una mirada á los primeros errores de su vida recuerda algunos de estos deliciosos detalles, comprenderá las locuras de los Hulot y de los Crevel, sin excusarlas. Las mujeres conocen tan bien su poder en aquel momento, que siempre encuentran lo que puede llamarse el aperitivo para la segunda cita.

—Vamos, hombre, después de dos años no saber aún atar el corsé á una mujer. La verdad es que eres demasiado polaco. Mira, ya son las diez, Wenceslao—dijo Valeria riéndose.

En este momento una malvada sirvienta levantó diestramente con la hoja de un cuchillo la aldaba de la puerta que constituye la seguridad de Adán y Eva, abrió bruscamente la puerta, pues los inquilinos de aquel edén suelen disponer de poco tiempo, y descubrió uno de esos encantadores cuadros de género expuestos con tanta frecuencia por Gavarni.

—Aquí, señora—dijo la sirvienta.

Cydalisa entró, seguida del barón Montes.

—Pero ¡si hay gente!... Dispense usted, señora—dijo la normanda asustada.

—¡Cómo! ¡Si es Valeria!—exclamó Montes, cerrando violentamente la puerta.

La señora de Marneffe, en medio de una emoción demasiado viva para ser disimulada, se dejó caer en el sofá del rincón de la chimenea; dos lágrimas brotaron de sus ojos, secándose inmediatamente; miró á Montes, examinó á la normanda, y soltó una carcajada forzada. La dignidad de la mujer ofendida disimuló la incorrección de su estado, y encarándose con el brasileño, le miró de un modo que sus ojos brillaron como carbones, y después le dijo, señalando á Cydalisa:

—¿Esa fidelidad tiene usted? Usted que me ha hecho promesas capaces de convencer á un ateo en amor, usted por quien yo hacía tantas cosas y hasta tantos crímenes. Tiene usted razón, señor mío, yo no soy nada al lado de una muchacha de esa edad y de esa belleza. Ya sé lo que va usted á decirme—repuso señalando á Wenceslao, cuya facha era una prueba demasiado evidente para ser negada.—Esto es cosa mía. Si yo pudiese amarle, después de esta infame traición, porque usted me ha espiado y ha comprado á la dueña de la casa, á la criada y tal vez á Reina... ¡Oh! ¡Qué hermoso es todo esto! Si yo conservase un resto de amor por un hombre tan cobarde, le daría disculpas capaces de redoblar su amor. Pero, señor mío, le dejo á usted con todas sus dudas, que se convertirán en remordimientos... Wenceslao, mi bata.

Y esto diciendo, tomó su bata, se la puso, miró al espejo y acabó de vestirse tranquilamente sin mirar al brasileño, enteramente lo mismo que si estuviera sola.

—Wenceslao, ¿está usted listo? Vaya usted delante.

Por el espejo y de reojo Valeria había examinado la fisonomía de Montes, y vió en él y en su palidez un indicio de esa debilidad que hace que un hombre fuerte se fascine ante una mujer; y tomando al brasileño por la mano y acercándose á él para hacerle respirar esos terribles perfumes amados, que embriagan á un enamorado, le miró en actitud de reproche y le dijo:

—Le permito que vaya á contar esto al señor Crevel, el cual no le creerá nunca y será mi marido pasado mañana.

Yo le aseguro que le haré muy feliz. Adiós, y procure usted olvidarme.

—¡Ah! Valeria—exclamó Enrique Montes estrechándola entre sus brazos.

Valeria miró al barón y vió en él á su esclavo.

—¡Ah! Enrique, si siguieses amándome, dentro de dos años yo sería tu mujer; pero en este momento tu cara no me parece franca.

—Te juro que me han emborrachado, que unos malos amigos me han echado en brazos de esta mujer, y que todo esto es obra de la casualidad—dijo Montes.

—¿De modo que puedo aún perdonarte?—le dijo ella sonriéndose.

—Pero ¿te casarás con ese hombre?—preguntó el barón en medio de horrible ansiedad.

—¡Ochenta mil francos de renta!—dijo Valeria con entusiasmo semicómico.—Y Crevel me ama tanto que se morirá.

—¡Ah! te comprendo—dijo el brasileño.

—Bueno, dentro de algunos días nos entenderemos—dijo Valeria.

Y bajó triunfante.

—Ya no tengo escrúpulos—pensó el barón, que permaneció inmóvil algunos instantes.—Ahora lo veo todo. Esa mujer piensa servirse de su amor para desembarazarse de ese imbécil viejo como se desembarazó de Marneffe. Yo seré el instrumento de la cólera divina.

Dos días después, aquellos convidados de Tillet, que se complacían en criticar á la señora Marneffe, se hallaban sentados á su mesa, una hora después de haber cambiado ella de piel, trocando su nombre por el glorioso nombre de un alcalde de París. Esta ligereza de la lengua es una de las cosas más ordinarias de la vida parisiense. Valeria había tenido el placer de ver en la iglesia al barón brasileño, á quien Crevel invitó por fanfarronería. La presencia de Montes en el almuerzo no asombró á nadie, pues hacía mucho tiempo que todos aquellos hombres de talento estaban familiarizados con la cobardía del amor y con las transacciones del placer. La profunda melancolía de Steimbock, que empezaba á despreciar á aquella á quien había adorado, pareció ser de excelente gusto. El polaco parecía denotar de aquel modo que todo había acabado entre Valeria y él. Isabel fué á abrazar á

su querida señora Crevel, excusándose de asistir al almuerzo á causa del doloroso estado de salud de Adelina.

—No tengas cuidado—le dijo á Valeria al despedirse.—Te recibirán en su casa y tú los recibirás en la tuya. El solo hecho de haber dicho yo *doscientos mil francos* ha puesto á la baronesa á la muerte. ¡Oh! con esa historia los tienes cogidos, pero ¿me la contarás?

Un mes después de su matrimonio, Valeria estaba en su décima disputa con Steimbock, el cual le exigía explicaciones acerca de Enrique Montes, le recordaba la escena ocurrida en el paraíso, y no contento con dirigirle palabras de desprecio, la vigilaba de tal modo, que Valeria, entre los celos de Wenceslao y el amor de Crevel, no tenía un momento de libertad. Como no estaba ya á su lado Isabel, para que le diera admirables consejos, se enfadó de tal modo que llegó á reprochar duramente á Wenceslao el dinero que le había dado. El orgullo de Steimbock sufrió tanto con esto, que el polaco no volvió más al palacio Crevel, logrando así Valeria su objeto de alejar á Wenceslao durante algún tiempo para recobrar su libertad. Valeria esperó un viaje al campo que Crevel debía hacer con el conde Popinot, á fin de negociar la presentación de la señora Crevel, y de este modo pudo dar una cita al barón, con el cual deseaba tener una larga entrevista, con objeto de darle disculpas que habían de redoblar el amor del brasileño. La mañana misma de aquel día, Reina, juzgando su crimen por la gruesa suma recibida, quiso avisar á su ama, la cual, como es natural, le interesaba más que los desconocidos; pero, como había sido amenazada de volverla loca y encerrarla en la Salpetriere, en caso de indiscreción, sintió miedo y se limitó á decirle:

—La señora es ahora tan feliz, que no sé por qué sigue con ese brasileño. A mí no me gusta nada.

—Es verdad, Reina, y por eso quiero despedirle.

—¡Ah! señora, me alegro, porque me asusta ese moro. Yo le creo capaz de todo.

—¡Qué tonta eres! Por quién hay que temer es por él cuando está conmigo.

En este momento entró Isabel.

—Cabrita mía, hace ya mucho tiempo que no nos vemos, y yo soy muy desgraciada—le dijo Valeria.—Crevel me aburre y ya no estoy con Wenceslao, porque hemos reñido.

—Lo sé—respondió Isabel,—y por él vengo: Victorino

lo ha encontrado, á las cinco de la tarde, en el momento en que entraba en una fonda de á peseta, le ha hablado y lo ha traído á la calle de Luis el Grande. Hortensia, al ver á Wenceslao flaco, enfermo y mal vestido, le tendió la mano. Ya ves como me has hecho traición.

—Señora, aquí está don Enrique—fué á decir el ayuda de cámara al oído de Valeria.

—Isabel, déjame, mañana te lo explicaré todo.

Pero como veremos, á los pocos días Valeria no quedaría ya en disposición de contar nada á nadie.

CAPÍTULO XXXVII

Cumplimiento de las profecías hechas en tono de risa por Valeria

A fines del mes de mayo, la pensión del barón Hulot quedó completamente libre de toda carga, gracias á las entregas de dinero que Victorino había hecho sucesivamente al barón Nucingen. Sabido es que los semestres de las pensiones no se pagan á no ser mediante la presentación de la fe de vida, y como se ignoraba el paradero del barón Hulot, los semestres retenidos en favor de Vauvinet, permanecían acumulados en el Tesoro, siendo indispensable hallar al interesado para poder cobrar los atrasos. Gracias á los cuidados del doctor Bianchon, la baronesa había recobrado la salud. Mediante una carta, cuya ortografía hacía ver la colaboración del duque de Herouville, la buena Josefa contribuyó al completo restablecimiento de Adelina. He aquí lo que la cantante escribió á la baronesa, al cabo de cuarenta días de activas pesquisas:

«Señora baronesa: Hace dos meses, el señor Hulot vivía en la calle de los Bernardinos, en compañía de Elodia Charadin, la que se fué con él después de abandonar á la señorita Bijou; pero se ha marchado dejando todo lo que poseía, sin decir nada á nadie y sin que se pueda saber adónde ha ido. No por eso me he desanimado, y he puesto en su busca á un hombre que cree haberle encontrado en el bulevar Bourdon.